



*miscelánea*

# ABASSE NDIONE

LA VIDA EN  
ESPIRAL



Traducción de Dolors Gallart



LA VIDA EN ESPIRAL

ABASSE NDIONE

# LA VIDA EN ESPIRAL

Traducción de Dolors Gallart

*m...*  
*miscelánea*

Título original:  
*La vie en spirale*

© Éditions Gallimard, 1998

Primera edición: mayo de 2010

© de la traducción Dolors Gallart

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.  
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona  
[www.miscelaneaeditores.com](http://www.miscelaneaeditores.com)  
[info@miscelaneaeditores.com](mailto:info@miscelaneaeditores.com)

Impreso por Brosmac, S. L.  
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-937228-5-2  
Depósito legal: M. 13.317-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi padre  
y a mi madre,  
in memórium

## ACLARACIÓN

**A**l escribir este libro, mi intención no es realizar una apología de la marihuana, sino describir tan sólo, con una mirada que no viene proyectada desde el exterior, a unas personas y el medio increíblemente amplio, cosmopolita y desconocido en el que evolucionan.

Algunos se preguntarán si se trata de una obra de ficción o de una autobiografía.

Amuyaakar Ndooy es un personaje inspirado en la realidad. Cualquier consumidor o traficante de cannabis se identificará fácilmente con él.

No obstante, *La vida en espiral* es una novela. Amuyaakar Ndooy y los otros personajes, así como los hechos y lugares descritos en este libro son, por consiguiente, producto directo de la imaginación del autor.

Ni que decir tiene que, pese al carácter actual de esta obra, todo parecido, sea cual sea, con la realidad es sólo mera coincidencia. En este sentido declino cualquier responsabilidad, y recuerdo una vez más que se trata de una obra puramente de imaginación.

ABASSE NDIONE

**E**l DC-10 de la compañía Air Afrique que traía de vuelta a los *gaïndé* se detuvo en el extremo de la pista. Bigé Pay, el seleccionador, lanzó una mirada por la ventanilla y advirtió a los miembros de la Federación Nacional de Fútbol y a unos cuantos periodistas, poco más de una decena de personas en total, que los estaban esperando.

—El recibimiento no es el mismo que hace cuatro días —comentó, volviéndose hacia los jugadores y los directivos, que estaban sentados detrás.

Tras desabrocharse el cinturón de seguridad, se puso en pie con una sonrisa socarrona en los labios.

—Vamos, chicos, a tierra. ¡Habrà que explicarle al pueblo por qué perdimos el encuentro!

Cuatro días antes, los *gaïndé* habían embarcado rumbo a Abidján ovacionados por los miles de entusiastas aficionados que habían desbordado el servicio de orden del aeropuerto.

Debían enfrentarse, en partido de vuelta, con la selección de Costa de Marfil en un partido clasificatorio para la fase final de la decimotercera Copa de África. Doce días antes, los *gaïndé* habían ganado por cuatro goles a cero el partido de ida.

La prensa había hablado de acontecimiento histórico en los anales del fútbol, de estrepitosa humillación infligida al equipo de Costa de Marfil. Desde Asmara, en 1968, ninguna selección nacional del país había participado en las grandes citas del fútbol africano. Con su magnífico resultado, ellos tenían prácticamente asegurada la presencia en Jartum el año próximo.

En Abidján la sorpresa fue mayúscula. Ante unos *gaïndé* irreconocibles, el equipo de Costa de Marfil había igualado la eliminatoria ya en la primera parte, y acabó ganando el partido por seis goles a cero.

En cuanto bajó del avión, los periodistas se precipitaron sobre Bigé Pay.

—Señor Pay, usted es el seleccionador y dirigió a los *gaïndé* en Abidján. ¿Cómo explica la sonora derrota?

Delante de los micrófonos y las cámaras de los periodistas, con voz entrecortada, el seleccionador efectuó una insólita declaración:

—La derrota de los *gaïndé* en Costa de Marfil tiene una fácil explicación. La misma noche de nuestra llegada a Abidján, en una habitación del hotel donde nos alojamos, la Policía sorprendió a cinco de nuestros jugadores, los pilares del equipo, esto es, el portero, Jean Pierre, los dos laterales, Eusobio y Ku Yëngu, el delantero centro, Wañaan, y el defensa, Birak, fumando *yamba*.<sup>1</sup>

Los llevaron a comisaría y, después de largas y arduas negociaciones llevadas a cabo por Su Excelencia el embajador en Costa de Marfil, los liberaron sólo quince minutos antes del partido. En tales condiciones, los *gaïndé* no podían ganar.

1. Marihuana.

\* \* \*

Una semana antes de la eliminación de los *gaïndé*, el Banco de Río había sufrido un atraco a manos de unos desconocidos que asesinaron al director, a su secretaria y a otro empleado que se habían quedado a trabajar hasta tarde. Los ladrones dejaron como únicas pistas un *krado*<sup>2</sup> y los casquillos de las balas de calibre 38 con que habían abatido a los empleados.

El periódico *Rayon du Soleil* había publicado en primera página: «Badaire y Pauchard<sup>3</sup> han creado escuela: unos consumidores de *yamba* asesinan al director del Banco de Río y a dos trabajadores, uno de ellos una mujer, y se llevan un botín de quinientos millones de francos».

La derrota de los *gaïndé* tuvo, por supuesto, un gran impacto en todo el país. Hasta en el Consejo de Ministros se habló de marihuana. En la radio, en la televisión y en la prensa escrita se programó una enérgica campaña contra «la hierba que mata», «la hierba que enloquece».

Los *toubib*<sup>4</sup> tomaron la palabra. Explicaron que la *yamba* es una variedad de *cannabis sativa* que contiene una sustancia tóxica, el tetrahydrocannabinol, la cual se acumula en los tejidos grasos del organismo, en los espermatozoides, los óvulos y sobre todo —y en eso insistían en especial— en las neuronas del cerebro, cosa que acaba por perturbar de forma irreversible.

La campaña se acompañó de una gigantesca operación lle-

2. Colilla de porro.

3. En 1961, estos dos europeos fueron los primeros que realizaron un atraco en un banco de Senegal. Pese a que mataron al vigilante de noche, fracasaron, los detuvieron y les condenaron a cadena perpetua.

4. Médico. (*N. de la T.*)

vada a cabo sobre el terreno. Todas las fuerzas del orden, incluidos el ejército de tierra, del aire, del mar, la Policía, la gendarmería, las aduanas y los guardas forestales, se movilizaron para identificar y dismantelar las redes de producción y tráfico de marihuana, desde los cultivos hasta los consumidores. Los Naay, la franja de tierra fértil situada al borde del mar de Géjawaay, en Saint-Louis, principal centro de cultivo de *yamba*, se vieron arrasados por las tropas de infantería, vestidas con uniforme de combate, y apoyadas por la sección montada, la brigada canina de la gendarmería y helicópteros. Destruyeron todos los campos; los propietarios que no se habían dado a la fuga fueron a parar a la cárcel. Cada edición del *Rayon du Soleil* anunciaba la detención de un *sipikat*.<sup>5</sup>

«Nuestros valientes gendarmes decomisan una furgoneta cargada con trescientos kilos de *yamba* camuflados debajo de unos sacos de coles en Lompul»; «Desmantelamiento de la red de Kayar, ciento veintidós kilos decomisados, cinco personas detenidas», etc.

Entre los aficionados a la marihuana, la campaña tuvo el mismo efecto que una estocada descargada en el agua. Para los consumidores, la *yamba* no mataba ni enloquecía a nadie, ni siquiera representaba peligro alguno, más bien al contrario. La creencia generalizada era que esa hierba era el tabaco de los genios y que los humanos que la consumían podían considerarse dichosos, tal como ilustraba una leyenda que circulaba entre ellos:

En una época que se pierde en la noche de los tiempos, en la que el hombre y las bestias hablaban entre sí, un cazador encontró un día

5. Traficante de marihuana, camello.

un león herido en la pierna, debajo de un tamarindo. En lugar de matarlo, lo cuidó, fue a cazar y le llevó comida. Los días pasaron y el león se curó. «Hombre, me has salvado la vida —le dijo—. Para agradeceréte, te voy a enseñar la hierba que sirve de tabaco a los genios. Si eres inteligente, te volverá más inteligente aún; si eres valiente, te infundirá aún más valor; si eres fuerte, te dará más fortaleza aún; si eres buen amante, todavía harás mejor el amor...»<sup>6</sup>

No obstante, la detención masiva de los *sipikat* tuvo un desastroso efecto. La *yamba* se convirtió en una mercancía rara. Para procurársela eran precisos grandísimos esfuerzos y buenas dosis de suerte.

Fumarla hasta saciarse era un verdadero lujo.

6. La leyenda del *yamba* se ramifica en diversas variantes, en ninguna de las cuales se le atribuye efectos nocivos.

Hacía quince días que las fuentes públicas no daban agua. La Sociedad Nacional de Aguas había advertido que el cierre duraría dos semanas, tiempo necesario para reparar una grave avería ocurrida en la planta de captación de Sébikotaan. Las mujeres que durante los primeros días ocupaban desde el amanecer hasta la noche la fuente distribuidora del barrio, sazando la espera con interminables peleas, se habían desanimado por fin. Abandonaban sus «puestos» identificados en las largas filas con variopintos recipientes, ladrillos o voluminosas piedras.

El calor infernal reinante en aquellos días de finales de julio volvía todavía más insoportable la escasez de agua. Un sol de justicia mantenía constante la terrible temperatura.

Los usos domésticos de agua habían quedado reducidos a mínimos estrictos. El preciado líquido, que a duras penas se lograba conseguir, en ocasiones después de recorrer a pie varios kilómetros por el campo, se sometía, aun siendo salobre, a un severo racionamiento. Bañarse suponía un extravagante despilfarro.

El barrio vivía en un estado de letargo, con excepción de los niños. Inmunes al agobio de la terrible ola de calor, producían

una gran algarabía en el *bayé*,<sup>7</sup> donde organizaban sesiones de lucha al son de pequeños tamtanes fabricados con latas de conserva o lanzaban piedras al toro negro atado al baobab, el majestuoso árbol de los fetiches, hasta importunarlo.

De rato en rato, cuando el ruido se hacía ensordecedor o el animal lanzaba, irritado, un inquietante mugido, uno de los viejos que discutían en la *pinca*<sup>8</sup> se levantaba para ahuyentar a los pequeños, y desgranaba una sarta de injurias. Ellos se escapaban a todo correr correspondiéndole con pullas, para regresar no bien se volvía a sentar.

A la mañana siguiente, el toro iba a ser inmolado en el curso de una ceremonia expiatoria. Las tradiciones animistas estaban aún muy arraigadas en Sambey Karang, pese a la islamización total del territorio. El árbol de los fetiches se alzaba al lado de la mezquita del barrio, la primera del pueblo, y la gente esperaba provocar que lloviera por medio de sacrificios paganos. Hacía casi diez años que las estaciones de lluvias se volvían cada vez más caprichosas. El año anterior, en siete de las diez regiones del país, no había caído ni una gota de agua. El país sufría una sequía aterradora. La producción agrícola había disminuido de manera espantosa, y el espectro del hambre planeaba, pese a los donativos de los países opulentos. La sed y la falta de pastos habían diezclado el ganado. Las ratas y los ratones habían proliferado hasta tal punto que se temía una epidemia de peste.

Abandonando la ventana abierta sobre el *bayé* frente a la que había permanecido durante un momento, me volví hacia la habitación donde, repantigado en la cama con la camisa desabotonada y que dejaba al descubierto su endeble pecho, Bukari leía

7. Plaza pública del barrio.

8. Choza donde se reúnen en asamblea los notables.

el *Rayon du Soleil*. Acostado boca abajo, Badara dormitaba a su lado. Yaba Xanca, con el musculoso torso desnudo, trajinaba cerca del fogón situado en una esquina. Pese al calor y a las bandadas de moscas que se aglutinaban encima de la bandeja, persistía en preparar el té.

Faltaba el quinto miembro del grupo, Laay Gooté. Se había marchado hacía rato para reponer las reservas de marihuana. Como los cinco dedos de una mano, éramos alegres compañeros, verdaderos *gaay*,<sup>9</sup> diferentes e idénticos a un tiempo, unidos por una sólida y vieja amistad. Nadie ejercía de jefe entre nosotros. Habíamos nacido el mismo año y habíamos pasado mucho tiempo juntos, desde la más tierna infancia. Habíamos compartido las mismas partidas de caza en el campo, los mismos chapuzones en el mar y los mismos juegos violentos. De vez en cuando se producían peleas, con puñetazos en el pecho, pero todo volvía pronto al orden sin que hubiera nunca golpes bajos. El respeto mutuo y el amor común que sentíamos por la *yamba* nos reconciliaban siempre.

—¿Qué hora es? —pregunté, interrumpiendo el silencio.

Bukari paró de leer para consultar el reloj.

—Las cinco y media casi —anunció.

Luego tiró el periódico encima de Badara, que se despertó con un sobresalto que hizo chirriar la cama. Con un gesto maquinal de la mano izquierda —Bukari lo hacía todo con la mano izquierda y por eso le habían puesto el mote de Zurdo—, se ajustó las gafas de miope, auténticas lupas, que a veces olvidaba quitarse cuando se dormía.

—¿No os parece que Laay Gooté empieza a tardar mucho? Hace más de una hora que se ha ido. Ya tendría que estar de

9. Amigos.

vuelta, y más si se ha ido con el Simca. Es un inconsciente. Seguro que está por ahí divirtiéndose.

—Será que no ha encontrado a Dappassa y lo ha tenido que esperar —apuntó, con su optimismo habitual, Yaba Xanca—. Últimamente no hay *sipikat* que esté mucho rato en un sitio, porque no se fían.

—Tengo... el... presentimiento... de... que... no... vamos... a... fumar... hoy —declaró Badara, con un tartamudeo interminable.

—Cierra el pico —dijo Bukari, al tiempo que trataba de meterle el dedo en la boca—. ¡Los presentimientos de este resucitado siempre se cumplen!

Badara era, efectivamente, un resucitado. De niño le había sucedido algo muy particular. Se había puesto muy enfermo; una mañana, alrededor de las diez, los lamentos habían perturbado la calma del barrio: Badara había muerto. A primera hora de la tarde, después de la segunda oración del día, lo habían llevado al cementerio. En las últimas maniobras de la inhumación, cuando se disponían a depositar sobre el pequeño cadáver la paja que precede a las paletadas de arena, Badara había estornudado y se había removido dentro del sudario, ante el asombro general.

En su increíble viaje de ida y vuelta al reino de los muertos, Badara había contraído una enfermedad: se había vuelto completamente tartamudo y un poco duro de oído. Bukari afirmaba que poseía dones de vidente, unos dones adquiridos en el más allá.

—Lo mejor será ir a buscar a Laay Gooté —propuso Bukari. En ese mismo momento, se oyó el ruido del motor del Simca. Me asomé a la ventana. Laay Gooté bajó del coche y realizó la señal convenida.

—Ahí llega el mecánico —anuncié—. ¡Dice que no ha conseguido nada!

—Ya... os... lo... había... dicho —señaló Badara.

—¡Es una broma! —exclamó Yaba Xanca con tono de inquietud.

Laay Gooté entró como un vendaval en la habitación, con la camisa tan empapada de sudor que parecía que acababa de salir de la palangana de la colada.

—Han detenido a Dappassa —explicó—. Cuatro *impi*,<sup>10</sup> delante de mí. ¡Se acabó, chicos, yo dejo de fumar!

—¡Menos tonterías y saca la *yamba*!

—Por el alma de mi padre, a Dappassa lo han pillado —juró Laay Gooté.

Después pasó a referir en detalle lo ocurrido.

—Cuando he llegado a casa de Dappassa, he visto que delante iban dos tipos que acababan de bajarse de un Cuatro Latas. Dentro esperaban otros dos. Por prudencia, he hecho tiempo delante de la casa. No sé cómo lo habrán hecho para descubrir a Dappassa, pero, poco después de entrar, los dos individuos han silbado para llamar a los que estaban en el Cuatro Latas. Eran unos *coy*.<sup>11</sup> Dappassa ha intentado resistirse; se ha defendido como un león y ha dado un gran espectáculo. Todo el barrio de Guy Julankar estaba alborotado con los gritos de las mujeres de la casa. Eran cuatro contra uno, y Dappassa tenía las de perder. Le chorreaba la sangre. Los *coy* lo han esposado y se lo han llevado a Río.

Se produjo un gran silencio hasta que Yaba Xanca lo interrumpió:

—¡Qué desastre! —exclamó con desaliento.

—Desastre o no desastre, lo que es yo, me retiro, completamente —afirmó con contundencia Laay Gooté—. Los *impi* están terribles. Hay que ver la paliza que le han dado a Dappassa.

10. Policías.

11. Policías de paisano.

—¿Y qué vamos a hacer? —planteó Bukari.

La pregunta quedó en el aire, mientras todos rumiábamos la respuesta.

Con la detención de Dappassa, se cerraba el círculo. Era el único *sipikat* que quedaba en activo. Dos semanas atrás, la Policía había destruido catorce redes, nueve en Río y cinco en Sambey Karang. Dappassa había logrado mantenerse a flote y, de ese modo, había realizado muy buenos negocios. Al no tener competencia, vendía la mercancía con parsimonia, en balas<sup>12</sup> de trescientos francos,<sup>13</sup> que sólo daban para liar un porro. Los clientes compraban a regañadientes, pero compraban de todos modos, con un empeño paradójico. Las bolsitas de Dappassa se vendían como churros. Ahora se había acabado.

—Menudo fin de semana vamos a pasar. Sin *yamba*, la cosa va a estar muerta —declaró de un solo tirón Badara.

Bajo la influencia de la emoción, o cuando estaba borracho, a veces conseguía hablar correctamente.

—Nos pasamos al alcohol —propuso Bukari.

—¿Qué vamos a hacer si no? —dijo Laay Gooté—. En todo caso, yo dejo de fumar. ¿Y si fuéramos a la playa?

Ni siquiera terminamos el té. Nos metimos en el Simca para ir a Ximbé, la playa de Sambey Karang. La marihuana y la manera de conseguirla fueron el único tema de conversación durante el trayecto. En el horizonte se perfilaba el espectro de sombríos días. Con Dappassa en la cárcel, la única fuente de abastecimiento estaba agotada, y la escasez de marihuana era peor que la de agua.

12. Bolsitas de marihuana.

13. Franco C. F. A. Moneda usada en diversos países africanos. 1 euro = 655,957 C.F.A. (N. de la T.)

La búsqueda que llevamos a cabo, en un radio de cien kilómetros alrededor de Sambey Karang, fue inútil. No había forma de encontrar *yamba*.

La brutal privación nos provocaba un doloroso agobio. Teníamos una desagradable sensación de ahogo, o bien nos parecía que una gran piedra se nos iba a caer sobre la cabeza. Los días eran largos y monótonos. De vez en cuando, circulaba una noticia: había *yamba* en tal sitio. Nos precipitábamos hacia allá. Para nada, y a veces a costa de graves riesgos. Los *sipikat* sólo vendían a una clientela segura y selecta. En cierta ocasión, Laay Gooté, Bukari y yo, bien informados, nos fuimos a Bayax. El individuo en cuestión afirmó sentirse muy ofendido porque lo habíamos tratado de vendedor de *yamba* cuando él nunca había ni siquiera visto esa mercancía; armado con un afilado machete, nos acompañó hasta el Simca, y nos descargó un chaparrón de insultos, entre los que se contaba «traidores» y «confidentes».

Ansiosos, nos abalanzamos sobre los sucedáneos. Por la noche, después de cenar, los cinco íbamos a visitar los bares clandestinos de Río, la ciudad de la que dependía administrativamente Sambey Karang, situada a unos quince kilómetros, o los

del cruce de Jamagën, que quedaba a veinte kilómetros. En Sambey Karang nadie servía bebidas alcohólicas. Desde el famoso suceso del «Barco», nadie había conseguido poner un local de ese tipo en la población.

Cinco o seis generaciones atrás, un día de mala mar, un barco procedente de Europa embarrancó en Ximbé. El casco había quedado indemne. A petición de los marinos, los habitantes remolcaron el navío hasta alta mar con ayuda de sus piraguas. Como muestra de agradecimiento, el capitán regaló una importante provisión de vino envasado en barriletes de madera. Por aquel entonces, el islam se hallaba todavía en los primeros balbuceos en el país de los lebus. En todas las fincas, se guardaba el mijo en vasijas gigantes. Así pues el regalo del capitán fue compartido de manera equitativa entre todas las familias del pueblo.

Esa noche, en Sambey Karang se desató una indescriptible efervescencia. Hombres, mujeres, niños, jóvenes y viejos, todos estaban borrachos. No fueron pocos los que se entregaron a extravagantes actitudes: más de un viejo de barba blanca se paseó desnudo en plena calle, canturreando a voz en grito; en el cementerio hubo quien se puso a excavar las tumbas de los padres muertos desde hacía mucho para hacer que se aprovecharan de la bicoca...

¡¿Quién podría narrar lo acontecido la «Noche del Barco en Sambey Karang»?! Al día siguiente, cuando se hubieron disipado los vapores del alcohol, la gente se dio cuenta de que habían superado los límites de aquello que se podía contar. La madre rehuía la mirada de su hijo y el padre bajaba la cabeza delante de su hija. Un oleaje de vergüenza se abatió sobre el pueblo. El Consejo de Ancianos se reunió. Se presentaron ofrendas a los fetiches para que nunca se volviera a oír hablar de bebidas alcohólicas y para que en el futuro la desgracia se cebara sobre todo aquel que pretendiera introducirlas allí.

Los fetiches debieron de atender los ruegos de los ancianos, porque, en adelante, cuantos intentaron abrir un bar en Sambey Karang se volvieron locos y fallecieron en cuestión de una semana.

En Sambey Karang el consumo de alcohol era la madre de todos los pecados. Los niños todavía lapidaban a los borrachos en las calles y las mujeres les echaban cubos de agua en la cabeza para «obligarlos a ensuciarse el pantalón». En Sambey Karang, los alcohólicos no tenían derecho a un funeral tras su muerte. Puesto que no había duda de que el beodo iría a parar al Infierno, no enterraban su cadáver en el cementerio. Lo arrastraban por los pies hasta un terreno baldío, donde lo sepultaban de cualquier manera. Y si realizaban ese esfuerzo, era sólo para no verse importunados por la putrefacción de los restos.

Ni el alcohol, ni las pastillas ni el *xompaay*<sup>14</sup> que aparecieron después lograron erigirse en conveniente sustituto de la *yamba*. Las borracheras obtenidas eran incontrolables; los efectos secundarios, pesados y desagradables (lengua pastosa, alalamiento, caminar sinuoso, etc.).

El sucedáneo más nocivo fue el *xompaay*, un auténtico veneno. Se trata de una planta venenosa que crece de manera espontánea en los terrenos baldíos secos y pedregosos, donde prospera igual que en tierra bien abonada. Con sus hojas de color verde oscuro, sus inmaculadas flores parecidas a los altavoces de los gramófonos y sus frutos erizados de agujones, el *xompaay* no inspira el apetito de ningún rumiante, ni siquiera de las cabras; ninguna mariposa se posa en sus flores.

El *xompaay* posee propiedades terapéuticas constatadas. Aplicadas sobre un absceso, sus hojas son más eficaces que una venda húmeda caliente o impregnada de alcohol. Maceradas en

14. *Datura stramonium*, estramonio, floripón, hierba del diablo...

infusión y en dosis pequeñas, procuran un efecto sedante, calman los ataques de asma, las crisis nerviosas, las palpitaciones cardiacas y el insomnio. En dosis elevadas, el *xompaay* puede provocar la muerte con un cuadro de sed intensa, sudores fríos, enfriamiento de las extremidades, alucinaciones, delirios violentos, dilatación de las pupilas, convulsiones y asfixia.

Una noche, nos habíamos reunido en el taller de Badara, que es sastre. Bukari, que había salido un poco antes a comprar cigarrillos en la tienda de al lado, regresó agitando una ramita que había encontrado en la calle.

—¿Quién sabe qué es? —preguntó—. *Xompaay*.

—No... es... bueno... —observó Badara—. Es... una... planta... de... los... genios... maléficos... que... trae... la... enfermedad... sólo... de... tocarla. ¿Para... qué... la... quieres?

—Parece que da un colocón muy fuerte —dijo Bukari—. Es lo que habían tomado esos dos militares.

Tres días antes, dos militares del campamento de Borgnis-Desbordes habían atraído a toda la gente del barrio hasta la fuente. Uno de ellos blandía su sexo en plena erección ante las mujeres interesadas, al tiempo que giraba para orinar e imitaba el característico ruido de las sirenas de los bomberos. Su compañero gritaba a los cuatro vientos que necesitaba una ametralladora para abatir las innumerables cabezas del dragón que tenía aterrorizado al pueblo.

—¿Y qué, quieres que montemos un numerito como el de esos dos tontos? —inquirió Laay Gooté.

—Siempre se puede probar... —propuso Bukari—. Los militares no estaban bien. ¡Seguro que no es para tanto!

—¿Se fuma? —pregunté mientras cogía la ramita, que desprendía un desagradable olor.

—No —respondió Bukari—. Se toma en infusión, como la *kinkeliba*.

—Yo... en... todo... caso... creo... que... no... voy... a... participar... —advirtió Badara.

Yaba Xanca y Laay Gooté apoyaron su decisión.

Bukari y yo fuimos los únicos que probamos el *xompaay*. Después de hacerlo hervir un cuarto de hora, ingerimos aquel brebaje. Tuvimos que cerrar los ojos y poner muecas para engullirlo: el sabor era aún más horroroso que el olor.

Los pulmones se me bloquean, como si estuvieran taponados con arena. Las glándulas salivares no funcionan. La lengua se hincha en mi reseca boca. Tengo un gusto a jabón en el fondo de la garganta. Soy un gigante inconmensurable cuya cabeza despunta más allá de las nubes, tocando un cielo de un intenso color rojo en el que titilan estrellas verdes. Me encuentro en un bosque de árboles más colosales que yo, por encima de los cuales revolotean unos gigantescos pájaros de fulgurante plumaje que con guturales gritos humanos me llaman por mi nombre.

Abro la boca para responder. Con el primer sonido, el bosque y las aves desaparecen. Cambio de decorado. De nuevo con mi estatura normal, me hallo encerrado en una habitación oscura de paredes cegadas. Mis ojos poseen la facultad de ver con claridad entre las tinieblas.

De repente, se me empieza a caer el cabello y los pelos; al tocar el suelo, se transforman en serpientes negras moteadas de amarillo con una cresta blanca. De sus ojos brotan unas llamas azules; avanzan hacia mí silbando y escupiendo una incandescente niebla.

Loco de pavor, lanzo un interminable alarido que, como las trompetas de Jericó, derruye las paredes de la habitación. Echo a correr y entro en un cementerio en el que no me persiguen las serpientes. Los cadáveres no están enterrados; se pudren bajo un sol implacable despidiendo tóxicos miasmas. Una multitud de rutilantes gusanos escapan de sus cuerpos reventados. Caminando, choco contra los cadáveres, y hundo las piernas en ellos hasta las rodillas. Aquejado de vértigo, sigo adelante, sin detenerme. Mi cuerpo empieza a inflarse y a caerse a pedazos. Por fin salgo del cementerio.

Ya no soy más que un monstruo que sólo conserva completa la cabeza, pues el resto de su cuerpo se reduce a un esqueleto pelado. Llego a la ribera de un inmenso río de sangre borbotante. Entro en el cauce y sacio la sed bebiendo la sangre del río. Me da náuseas y vomito. Luego siento que mi cuerpo se regenera. Una hermosa mujer desnuda me espera en la orilla. Extenuado, me quedo dormido en sus brazos.

Una vez, de niño, cuando paseábamos por el campo con otros chiquillos del barrio, nos montamos en unos burros que encontramos atados en un prado para hacer una carrera campo a través. En medio de un veloz galope, mi asno se paró en seco. Catapultado por encima de su cabeza, me desmayé al chocar contra el suelo. Recobré el conocimiento en casa, sin saber cómo me habían transportado, con el cuerpo magullado, como si me hubieran propinado una buena tunda. Me costaba respirar y tenía la sensación de soportar el peso de una enorme masa encima del pecho. Durante tres días, la insoportable idea de que me iba a morir me mantuvo lleno de congoja.

Aquella misma impresión tuve a mi regreso del alucinante viaje que había emprendido montado a lomos del *xompaay*. Estaba perdido en el tiempo y el espacio, y necesité media hora larga de difícil concentración para comprender que me encontraba en mi habitación, velado por Maam Yabey, que estaba atezada por la inquietud. Me sentía vacío, débil como un convaleciente al final de una larga enfermedad.

Mi organismo se mantuvo envenenado durante una semana. Una resaca atroz, como la que se cobra a costa de una solemne

borrachera, me provocaba un ansia constante de comer guindilla y limón.

El caso de Bukari había sido peor que el mío. Lo habían tenido setenta y dos horas en el hospital de Río por una intoxicación grave que le indujo un estado próximo al coma.

El *xompaay* causó estragos entre los fumadores de porros, y hasta hubo varios casos mortales. Alertadas, las autoridades promulgaron una ley que reprimía el consumo del *xompaay* con el mismo rigor que el de la *yamba*.

Se trató de una medida completamente inútil: no había nadie que repitiera con el *xompaay*. Después de probarlo, sólo de oír hablar de la planta, el interesado sufría violentas náuseas. La *yamba* seguía siendo un bien tan raro como una placenta de mona.<sup>15</sup>

El *xompaay*, en cambio, se encontraba con más facilidad que las pulgas en el lomo de un perro vagabundo, y ya no tentaba a nadie.

Una tarde de sábado, cuando la escasez de marihuana iba ya por su cuadragésimo quinto día, nos encontrábamos charlando encima de una estera en la entrada de mi domicilio. Faltaba Yaba Xanca, que era teniente del ejército y estaría de guardia en el campamento hasta las tres.

Hacía un calor tórrido. El cielo estaba azul, sin una nube. La ceremonia expiatoria no había dado ningún resultado: pese a que nos hallábamos en plena estación de lluvias, no había caído ni una gota.

En la plaza del barrio reinaba el ambiente habitual. Los niños producían una gran algarabía, los ancianos aguardaban la hora de la oración en la *pinca* y las mujeres se peleaban en la fuente.

15. Rarísimo. Cura la esterilidad de la mujer. Cuando una mona da a luz, los machos viejos de la tribu la rodean para recuperar la placenta, que devoran enseguida.

Un grupo de chiquillos arrancaba un ritmo endiablado a sus latas de conserva, al son del cual bailaban las niñas de su edad.

—Puede... que... Yaba Xanca... nos... traiga... *yamba*  
—observó de pronto Badara.

—Tal vez tengas dotes de adivino, no digo que no —se burló Laay Gooté—, pero me juego las pelotas a que no va a ser el militar quien nos saque del bache. ¿Cómo quieres que encuentre *yamba* en el campamento? A sus dos *sipikat* los detuvieron. —Del bolsillo sacó un grueso fajo de billetes, antes de proclamar—: ¡Esta noche os invito al baile, con las consumiciones a voluntad! ¡Yo pago todo!

Los Hermanos Unidos, una asociación de jóvenes del pueblo, organizaban un baile con la participación de la Gelowar, la orquesta del momento. Uno de los grandes bares restaurante de Dakar patrocinaba el acto, y los organizadores habían anunciado que disponían de ciento treinta cajas de cerveza.

—¿Qué pasa, mecánico, te has encontrado una cartera?  
—preguntó Bukari al ver la considerable suma que exhibía Laay Goté.

—No. Ya sabes que el textil está en crisis. Nuestra empresa se ha visto obligada a reducir el personal. Esta pasta que veis es mi indemnización de despido.

**B**ukari, que comenzaba a filosofar sobre las dificultades que atravesaba el sector del textil, paró en seco a media frase. Acompañado de otro militar en traje de faena, Yaba Xanca apareció de detrás de la mezquita, descargando el puño derecho sobre la palma de la mano izquierda.

Nos levantamos a la vez, como movidos por un resorte. El gesto de Yaba Xanca nos hipnotizaba. Era un signo con un significado claro: ¡tengo marihuana!

—¡Si es una jugarreta, juro que lo rajo con un casco de botella! —exclamó Laay Gooté con voz ronca.

—La luz regresa con brío después de las tinieblas —respondió Yaba Xanca con una gran sonrisa.

Los dos militares llegaron a nuestro lado y Yaba Xanca dio una palmada a la espalda de su acompañante.

—Un compañero de promoción de la Escuela Nacional de Oficiales. ¡Un amigo de verdad!

—Ameth Ndaw, apodado Sokola —se presentó el recién llegado.

Ancho de hombros, negro como el carbón, con la guerrera desabotonada hasta el ombligo, tenía una alegre expresión de in-

dolencia. Al estrechar la mano, esbozaba una gran sonrisa que ponía al descubierto una dentadura de color marrón, muy acorde con su mote. Se notaba de entrada que era abierto y simpático.

—¿Dónde está la mercancía? —reclamó con impaciencia Laay Gooté.

—Parece que estáis pelados desde hace un mes y medio, ¡como guerreros sin armas! —bromeó Sokola.

Luego sacó del bolsillo del pantalón un voluminoso paquete envuelto en papel de periódico atado con cordel.

Laay Gooté se lo arrancó de las manos y se puso a desenvolverlo febrilmente. De improviso, lanzó un estrafalario grito que atrajo la atención sobre el grupo. En la *pinca*, un par de viejos se levantaron y miraron hacia nosotros.

—¡Ay, madre mía, *yamba*, chicos! —exclamó—. ¡No es posible! Di, Sokola, ¿dónde has encontrado esta maravilla? ¡Es *yamba*, de verdad!

Con la precipitación, derramó una buena cantidad de marihuana sobre la estera, con lo que se ganó un rosario de insultos. Indiferente a ellos, hundió la nariz en el paquete, aspiró hondo y después levantó la cabeza con entusiasmo. Al ver la *yamba* se había puesto histérico. En realidad, no era el único. Todos lo estábamos.

—¡*Peep*,<sup>16</sup> rápido, traedme *peep*! —reclamó.

—¿Para qué? —inquirió con inquietud Yaba Xanca, sin olvidar las reglas de seguridad—. ¡Con todo ese escándalo que armas, ya has llamado bastante la atención! ¿Estás loco o qué? ¿Fumar en plena calle?

—¡A ver quién es el hijo de mala madre que intenta impedírmelo! —replicó con aspereza Laay Gooté.

16. Papel para liar un porro.

A continuación cogió el paquete de tabaco que había encima de la estera, lo vació, diseminando los cigarrillos por el suelo y, tras rasgar el envoltorio azul, cogió el papel metalizado del interior y procedió a retirar, por franjas, la delgada capa de aluminio. Cuando por fin hubo separado la hoja blanca, la cortó en forma de rectángulo. Al cabo de un santiamén, tuvo liado un gigantesco porro que encendió ante la expresión de alarma de Yaba Xanca.

—Me parecía que habías prometido dejar la marihuana el día que detuvieron a Dappassa —señalé.

—¿Quién dijo tamaña tontería? ¿Quién? Yo, desde luego, no. ¡Dejar la marihuana, yo! Antes tendré que estar muerto y enterrado. ¡Y si no hay *yamba* en el Paraíso, le pediré a Dios que me deje salir!

—Id... a buscar... un... cuchillo... para... cortarle... las... pelotas. Las... había... apostado... si... Ya... ba... Xanca —comenzó a objetar Badara.

—¿Y quién me las va a cortar? —lo interrumpió Laay Gooté con un asomo de inquietud en la voz.

—¡Yo..., yo... mismo!

—¡Ah, no! —se mofó Laay Gooté—. No sea que se te ponga a temblar la mano igual que la lengua, porque entonces me dolería demasiado.

Iba a aspirar una cuarta llama<sup>17</sup> cuando Bukari le quitó el porro de las manos.

—Que no es para ti solo, acaparador. Todos lo hemos pasado mal con la abstinencia.

—¡Mirad! Y vosotros que no me queríais dejar encender el porro aquí... ¡Tenéis más poco seso! ¿No veis que la plaza está llena de humo, de tantos arenques que están asando?

17. Calada de porro.

—Puede que tengas razón —concedió Yaba Xanca—. Pero de todas formas no es prudente. ¿Y si fuéramos a Amsondëng?

—¿Dónde queda eso? —consultó Sokola, que tenía grandes dificultades para pronunciar Amsondëng.

Era un lugar situado a seis o siete kilómetros al norte de Sambey Karang, en plena sabana, más allá de los campos. Durante la Segunda Guerra Mundial, los norteamericanos habían establecido allí su base, con una pista de aterrizaje para sus aviones. Ahora, los edificios de piedra, casi todos en ruinas, desaparecían bajo los macizos de euforbiáceas. La gente evitaba pasar por los alrededores porque se consideraba que aquel paraje, donde abundaban los tamarindos, estaba habitado por genios maléficos.

Nosotros habíamos convertido la antigua base en nuestro refugio preferido y habíamos acondicionado el edificio del puesto de mando, que aún seguía en pie, un blocao del tamaño de un dormitorio, construido en lo alto de un promontorio. Era un punto estratégico ideal para fumar marihuana con toda seguridad, con concentración. Con sólo echar un vistazo por la tronera, se controlaba todo el panorama hasta el mar, que bordeaba a lo lejos el pueblo.

Un rebaño de cabras, que se había aventurado lejos de la población en busca de pastos, nos proporcionó diez minutos después de llegar reservas de carne, provenientes de un robusto macho cabrío que abatimos a base de pedradas y porrazos.

El blocao estaba tal como lo dejamos la última vez, poco antes de que se desatara la penuria de marihuana. Nadie había entrado allí. Todo seguía en su sitio: la pila de viejos *Rayon du Soleil* para el *peep* y las velas que servían para iluminarnos cuando nos sorprendía la noche. Encontramos incluso pistas inculpatorias, como algunos *krado*, semillas y ramitas de marihuana encima de la fina capa de polvo que tapizaba el suelo y los lechos de cartón.

Después del complicado despiece del macho cabrío, llevado a cabo con cascotes de botella y la tapa de una lata de conserva oxidada, encendimos una gran hoguera. Luego formamos un corro alrededor del paquete que Sokola nos había regalado. ¡Era Kafontin, marihuana de la mejor calidad, verde, sin ramitas ni arena! Pronto el interior del blocao se transformó en una auténtica cámara de gas. Los ojos nos escocían con el tenaz y asfixiante humo que despedían a un tiempo el fuego, la carne asada y los gigantescos porros. El calor era infernal, de tal modo que todos nos habíamos quitado la ropa.

Después de la larga privación de *yamba*, rápido nos estimuló el cerebro. La conversación fue variada, brillante, contradictoria, salpicada de sonoras carcajadas: la incertidumbre de la vida y la incertidumbre, aún mayor, de la muerte, la malversación de fondos públicos, la literatura, los golpes de estado, el baile organizado para aquella noche, las religiones reveladas, la pena capital, las cabras responsables de la sequía, Dios, el sádico de las viviendas sociales que había violado y estrangulado a una niña de nueve años, la democracia dirigida según las corrientes de pensamiento, el aire, el escándalo de las asignaciones presupuestarias, el mar, las verduras, los accidentes de coche, la moda, Bob Marley, la prostitución, el Infierno, el Paraíso, la sequía, la marihuana, la apertura democrática, la disentería, las hojas de los árboles, los marabús, el dinero, la escasez de alimentos, las intervenciones extranjeras en África, la sociedad, las relaciones sexuales, los animales, los crímenes, el empresario diputado que hacía negocios turbios con el tomate, el artículo 35, el año 2000, la enseñanza, la ley sobre el enriquecimiento ilícito, el oxígeno, el Corán, el *apartheid*, los granos de arena, los magistrados, Kukoï, la semana sangrienta de Gambia, la Confederación de Senegambia...

Los angulosos contornos de la existencia se volvían romos, redondeados. Se hizo de noche y encendimos las velas.

Cuando hubimos comido la totalidad de la carne y fumado tres cuartas partes del paquete de marihuana, la conversación bajó de intensidad. Invadidos por cierto letargo, nos sumíamos de vez en cuando en un profundo silencio donde cada cual se abandonaba a sus propias meditaciones.

A todo esto, en mi cerebro se había encendido de repente una luz roja, cuando Sokola había revelado cómo se había procurado la marihuana. Estaba destinado al campamento de Jiñaabo de Ziguinchor. En Casamance no sufrían ninguna penuria. Los que lo cultivaban eran numerosos y vendían el kilo a quinientos francos, ¡a un precio regalado! Al venir a unos cursos de una semana al campamento de Sambey Karang, Sokola se había traído cinco kilos. En Kaolack, su ciudad natal, había vendido rápidamente tres kilos en balas de quinientos gramos, y había obtenido un espléndido beneficio. Sólo con ellos había ganado diez veces más de lo que había pagado por toda la bodega.<sup>18</sup> Al día siguiente tenía pensado ir a Pikin para colocar los dos kilos que le quedaban.

Ese magnífico beneficio había sido lo que me había puesto alerta.

Tras respirar hondo, interrogué a Sokola.

—¿A cuánto vendes los dos kilos que te quedan?

—¿Estás interesado?

—Exacto. ¿A cuánto?

—¿Qué vas a hacer con tanta mercancía? —preguntó, extrañado, Bukari—. ¡Dos kilos de *yamba* no es cualquier cosa!

—Me voy a volver *sipikat* —anuncié.

—¡Vaya con lo que sale! —exclamó Laay Gooté.

—Yo te lo desaconsejo —dijo Bukari.

18. Provisión de marihuana.

—Es demasiado peligroso —señaló, de un tirón, Badara.

—¡No hablas en serio! —declaró Yaba Xanca.

Ninguna de aquellas objeciones me hizo cambiar de opinión, ni tampoco el lúgubre cuadro de la vida de los *sipikat* —llena de inseguridad, de preocupaciones y de dificultad— que trazaron los *gaay*. Desatendiendo sus protestas, mantuve la decisión.

—¿A cuánto, Sokola? —reiteré.

—¿De verdad, hablas en serio? —respondió el militar—. Yo, para ser te franco, he hecho de *sipikat* de manera ocasional, sólo para divertirme. Ya he ganado bastante. Si me pasas diez mil francos, los dos kilos son tuyos. Para mí es un alivio.

No poseía aquella suma, ni allí ni en casa. Me volví hacia Laay Goteé: la indemnización del despido.

Éste sacó el fajo del bolsillo.

—¿Estáis de acuerdo, chicos? —consultó al tiempo que separaba dos billetes de cinco mil francos—. En todo caso, si te detienen, yo no soy responsable.

—No me van a detener —aseguré mientras tomaba los billetes que me tendía, para entregarlos enseguida a Sokola.

—Si sigues con la idea, cuando vuelva a Casamance dentro de una semana, vamos juntos. Te pondré en contacto con Jombiku, un cultivador de marihuana —propuso Sokola.

Sin el menor asomo de duda manifesté mi acuerdo.

Durante un buen rato, los *gaay* intentaron disuadirme, hasta que se cansaron y abandonaron definitivamente.

—Ya son las doce y media —observó de improviso alguien, Yaba Xanca o Bukari, que eran los únicos que tenían reloj—. Es hora de largarse si queremos conseguir una mesa en el Ndogal. Por cierto, ¿dónde vamos a encontrar las acompañantes?

—Yo voy a llevar a mi mujer, aunque esté embarazada —declaró Laay Gooté.

Afuera estaba oscuro. Unas cuantas estrellas bailaban en un firmamento del que se había ausentado la luna. En la lejanía, las luces del pueblo formaban una mancha clara destacada en la negrura de la noche. Amsondëng estaba envuelto en una impresionante calma, acentuada por el silbido del viento en las ramas de los árboles, el agudo chirrido de los insectos y el cavernoso croar de las ranas que llamaban a la lluvia. El grito gutural de un ave de presa hendió el aire nocturno en el momento en que el motor del Simca aparcado bajo el follaje comenzó a zumbar.

La entrada del Ndogal, que era la única sala de baile de Sambey Karang, estaba cercada por una bulliciosa multitud. La presencia de la Gelowar era todo un acontecimiento. Tuvimos que poner en juego los codos para llegar a la ventanilla y pagar las entradas. Una verdadera marea humana avanzaba y retrocedía bajo los peligrosos molinetes de porra de los tres policías que habían acudido de Río para mantener el orden. Unas azafatas con vestido maxi teñido de índigo, en el que estaba estampado el nombre del club organizador, formaban una hilera para recibir a los invitados de honor.

Era la una y veinte y la velada aún no había comenzado. Los organizadores estaban desbordados por los numerosos clientes que abarrotaban la inmensa pista instalada al aire libre y que manifestaban su descontento por medio de gritos y estridentes silbidos. Había una gran excitación en el ambiente. Los juegos de luces proyectados sobre las guirnaldas y los globos colgados de los árboles frutales componían un decorado irisado e irreal.

El Ndogal no estaba en principio destinado a servir de sala de baile. Unos años antes, era una granja avícola que había va-

lido a su propietario el apodo de Baay Ginaar.<sup>19</sup> El negocio había prosperado un tiempo, hasta el día en que se declaró una epidemia de cólera de las gallinas que acabó con todas ellas en cuestión de dos semanas. Baay Ginaar nunca se recuperó del golpe. Sus hijos tuvieron, sin embargo, la genial idea de transformar el gallinero vacío en un local de baile. Después de fumigar las dependencias, cubrieron de cemento el vasto patio salpicado de árboles. La operación fue un éxito. La granja, bautizada con el nombre de Ndogal, el de uno de los principales genios del pueblo, se alquilaba a treinta mil francos por noche; la demanda era alta, de forma que todos los sábados y vísperas de festivos, así como con ocasión de las bodas, la sala estaba ocupada.

Encontramos por suerte una mesa libre, que nos revendió por el quintuple de su precio una banda que iba sin damas. Nosotros íbamos con Marietu y tres chicas más. Yo ni me senté. En cuanto llegamos, me puse a vender la mercancía en balas de trescientos francos que había llevado en un bolso de tela. La pista, llena a rebosar de gente en movimiento, con la luz en claroscuro, se prestaba muy bien. En cuanto vendí la primera bala, la noticia corrió de boca en boca como un reguero de pólvora: «¡Amuyaakar Ndooy tiene *yamba* a trescientos francos la bala!». Estuve muy solicitado.

De improviso, se intensificó el bullicio. La orquesta acababa de afinar los instrumentos. Papisko, el presidente del club, subió a la tarima y se acercó al micro; levantó el brazo en un ademán teatral, con intención de leer un rollo que había preparado en un pedazo de papel. Un concierto de gritos y silbidos hostiles lo acogió antes de que iniciara siquiera la alocución.

—¡Música! ¡No nos interesan los discursos!

19. Padre Pollo, en idioma wolof.

—¡Que nos devuelvan la entrada!

—¡Nada de literatura!

—¡Fuera!

Sin amilanarse, Papisko se puso a vociferar en el micro que los Hermanos Unidos le habían encargado presentar excusas por el gran retraso, que se debía a causas ajenas a su voluntad. (Gritos y chillidos agresivos.) Imperturbable, Papisko exhortó a todos los jóvenes del pueblo a unirse en la comprensión y la amistad y les deseó a todos, señoritas, señoras y caballeros, una agradable velada. (Más gritos y chillidos agresivos.) Papisko puso fin a su breve perorata animando a que se presentaran tres parejas en la pista para la apertura del baile. La Gelowar tocó las primeras notas de *Mamadou Bitiké*, lo que provocó una salva generalizada de aplausos.

Eran más de las tres de la mañana. Las treinta balas que había llevado conmigo se agotaron enseguida y tuve que volver a buscar provisiones a casa. ¡Todos acudían a mí, como moscas atraídas por un mango!

Hasta las cinco y media no pude reunirme con los *gaay*. El baile tocaba a su fin. Sudoroso y agotado, con la bolsa colgada del hombro y llena de pesadas monedas blancas, me senté entre Bukari y Badara y cogí una de las numerosas botellas que decoraban la mesa. La apuré y me tomé otra. En el momento en que iba por la tercera, crucé la mirada con la de una desconocida sentada enfrente, en compañía de otra mujer y dos hombres. Durante un breve instante, la miré fijamente hasta que ella volvió la cabeza.

—¿Qué tal? —oí que me preguntaban.

—Bien —respondí evasivamente, antes de volver a clavar la vista en la desconocida—. ¿Quién conoce a esa mujer?

—Pues no te podemos informar. Te refieres a la que lleva el vestido rojo y rastas en la cabeza, ¿verdad? —dijo Laay Gooté—. Ya habíamos reparado en ella. No es del pueblo.

—Es muy guapa —observó Sokola.

—En todo caso es de buena familia. Se nota que se crio entre algodones —filosofó Bukari.

—Tiene mucha clase —reconocieron Marietu y las demás.

Me levanté sin preámbulos. La orquesta acababa de tocar los primeros acordes de una pieza lenta. En la mesa de la desconocida, nadie se había levantado aún para salir a bailar.

—¿Adónde vas? —preguntó Badara sin tartamudear.

—¡A verla!

—No... vayas. No... vas... a... sacar... nada.

—No armes ningún escándalo —intervino Laay Gooté—. ¿No ves que va acompañada? Puede que esté con su marido.

—¡Te vas a buscar una bronca! —me dijo Bukari.

No les hice caso. Con andar parsimonioso, me acerqué a la mesa y me incliné ligeramente delante de la desconocida.

—Señorita, ¿tendría la amabilidad de concederme este baile?

Me miró con sorpresa, frunciendo las cejas, que llevaba maquilladas. Permaneció muda un momento y luego, con voz un poco ronca, algo masculina y con un acento de Gorea, me respondió secamente.

—No lo conozco de nada.

—Me llamo Amuyaakar Ndooy.

—No-voy-a-bailar-con-usted —recalcó, con irritación y aspereza.

Entonces di media vuelta.

En nuestra mesa me recibieron con un coro de carcajadas.

—¡Ya te habíamos avisado! ¡Te está bien empleado! ¡Así aprenderás!

La pieza siguiente era más movida. Efectué una segunda tentativa con la desconocida de acento goreano, que ni se dignó responderme. Al tercer intento intervino uno de los dos acompañantes, uno que llevaba bigote.

—¡Al final te estás poniendo pesado, jolín! —espetó, levantándose de la silla.

—Estaba hablando con la señorita —repliqué con calma, sin dejarme intimidar.

—¿Y si nos vamos? —propuso la «señorita», al tiempo que recogía su bolso.

A continuación se levantó y tras dedicarme una mirada en la que se combinaban la sorpresa, el desprecio y el desdén, me volvió la espalda. Luego se fueron los cuatro.

Hasta mis oídos llegaron las risas burlonas de los *gaay*, que observaban la escena.

—¿Vienes a descansar? —me llamó, guasón, Laay Gooté—. Eres muy valiente, pero no tenías ninguna posibilidad. Te venía demasiado grande.

A las seis anunciaron el final del baile. Todavía obsesionado con la desconocida de acento goreano, llegué a casa y me di una ducha antes de desparramar en la cama el contenido de la bolsa. Las cincuenta balas vendidas en el Ndogal me habían reportado quince mil francos limpios. ¡Y la bodega parecía casi intacta!

Después de devolver el dinero a la bolsa, la tiré con descuido al suelo, me lie un gran porro, me tumbé en la cama y lo encendí.

En un estado de borrachera monumental, mientras la cama y las paredes de la habitación giraban suavemente a mi alrededor, estuve pensando en la desconocida del Ndogal. De repente, tuve la impresión de que me habían puesto una gran piedra encima del pecho. Me sentía ansioso y angustiado. Poco tiempo después ya comprendía y reconocía aquella penosa sensación que acompañaba al oficio de *sipikat*: el temor a una detención. De manera inconsciente, sabía que cada bala que había vendido representaba una pista a través de la cual la Policía podía llegar hasta mí.

**E**l miedo a que me detuvieran me agobiaba continuamente, comiendo, durmiendo, en el baño, acostado con alguien... En todas partes. El ruido de un vehículo que pasaba o se detenía, el sonido de voces, una llamada a la puerta, cualquier cosa era suficiente para que me sobresaltara. Tenía los nervios de punta y había perdido el apetito. Para mantenerme, fumaba marihuana sin parar. Las cosas funcionaban como la seda: en mi casa había un auténtico desfile de clientes. Desde primeras horas de la mañana hasta las tantas de la noche, ¡reunía entre cuarenta y cincuenta mil francos!

Más que nunca, había que mantener la vigilancia, maniobrar con tino para no despertar sospechas, saber a quién había que vender y a quién no. Pese a que el *xeessal*<sup>20</sup> había sustituido a la *yamba* en el primer puesto de la lucha contra las plagas sociales, la Policía seguía alerta y los arrestos eran todavía muy frecuentes.

20. Tratamiento nocivo de despigmentación de la piel a base de productos cosméticos o farmacéuticos.

El lunes por la mañana, después de pasar una noche en vela en Amsondëng, me fui de Sambey Karang en compañía de Sokola. El Simca, totalmente revisado por Laay Gooté, respondía muy bien. Con las ventanillas bajadas, circulando a toda velocidad, fumamos un porro tras otro hasta el transbordador de Farafeñé. Más allá de Soma, el último pueblo de Gambia, Sokola se quedó medio dormido. Después de golpearse la frente contra la guantera, levantó la cabeza profiriendo una obscenidad. Luego abrió la boca con un bostezo capaz de provocar una luxación de mandíbula y se frotó los ojos enrojecidos.

—Estoy reventado y colocado a la vez —dijo con un esbozo de sonrisa—. Voy a echar una cabezadita. Aún no hemos llegado. Controla bien el nombre de los pueblos. En Kulikan me despiertas. No tiene pérdida: hay un gran puente metálico.

Después acomodó la cabeza en el cabezal del asiento y se volvió a dormir.

Yo, por mi parte, contemplaba el magnífico decorado que desfilaba ante mí. Allí, al menos, tenían lluvia. El paisaje era como un inmenso jardín bien cuidado. De inmediato quedé prendado de aquella inconmensurable extensión verde, provista de altos árboles rodeados de lianas y los arbustos en flor.

La estrecha cinta negra de la carretera asfaltada, recta como una regla, sin arcén, que no parecía acabarse nunca, inducía a pisar el acelerador. Con la hierba a ambos lados, me encontré con muy pocos coches. En un momento dado, faltó poco para que ocurriera un drama. De la alta maleza surgió una colonia de facóqueros que, precedida por un enorme macho, se puso a cruzar la calzada. Frené bruscamente para evitar la catástrofe. El Simca paró coleando, con un chirrido de frenos.

Sokola se despertó sobresaltado.

—¡Había que embestirlos! —exclamó al ver los jabalíes—. Así habríamos tenido carne.

—¡Los guardabarros del coche también habrían saltado por los aires!

Después del incidente del rebaño, reemprendí la carrera y Sokola se durmió otra vez. De vez en cuando, un tablón rectangular pintado de blanco, sujeto a una estaca, indicaba el nombre de un pueblo construido a lo largo de la carretera. Sénoba, Saré Alkaali, Tankon, Faonn, cruce de Jaarumé, Bunkiling, Mañora, Bona. Después leí en un cartel el nombre de Kulikan y desperté a Sokola.

Me señaló un desvío a la derecha, después del puente, que comunicaba con una horrible y sinuosa pista rodeada de selva. Era imposible circular a más de cincuenta kilómetros por hora, a causa de las grietas, los socavones y los tocones de árboles.

A nuestro paso, los campesinos interrumpían su trabajo en los campos para saludarnos agitando las azadas. A primera hora de la tarde, llegamos a Kéréwan, un apacible pueblecito próximo a la frontera de Gambia.

Al detenerse bajo una enorme ceiba de un patio, el ruido del motor del Simca hizo salir de la gran construcción de techo de zinc a un coloso con físico de luchador; debía de medir más de dos metros. Era nuestro hombre.

—¡Jombiku! —lo saludó jovialmente el militar.

—¡Sokola! —contestó con el mismo tono el otro individuo.

Sin darse cuenta, el coloso me aplastó la mano al estrechár-mela. Su cara, cuyos ojos se mofaban uno del otro por un defecto de estrabismo, se iluminó con una sonrisa.

—¡Pasad! —nos invitó, entrando delante de nosotros a la vivienda de zinc.

El interior de la habitación, limpia, amueblada con una cama, sillones y sillas de mimbre, ofrecía un agradable frescor. Noté que la camisa mojada de sudor se me despegaba de la espalda. Jombiku hablaba un deficiente wolof; tenía un acento

muy marcado. Después de liar un enorme porro con forma de cono, me lo tendió. ¡Era una muestra de amistad!

Sokola efectuó las presentaciones.

—Es un amigo. No hace falta que te diga que puedes fiarte de él.

El gigante enfocó con un ojo la lámpara de petróleo que estaba dispuesta cerca de la mesa; con el otro, una esquina, para observarme mientras hablaba Sokola. Al final, movió la cabeza y carraspeó, antes de decir que se sentía contento y honrado de servirme de proveedor.

Llegamos a un acuerdo en el precio de cincuenta kilos. Sokola se levantó para despedirse.

—Me voy. Tengo que estar en Ziguinchor antes de las tres —explicó, consultando el reloj.

—¿Ya? ¿No esperas a la comida? —trató de retenerlo Jombiku.

—Gracias, otra vez será. Amuyaakar me acompaña y vuelve después.

Ziguinchor quedaba a unos ochenta kilómetros. Llegabas tras atravesar una carretera llena de baches. De camino, Sokola me trazó la biografía de Jombiku, que conocía porque él mismo se la había relatado.

Siendo un muchacho, había abandonado su pueblo natal para ir a buscar trabajo en Dakar. Enseguida había quedado decepcionado. Al no conocer a nadie en la gigantesca ciudad y siendo analfabeto, sin ninguna cualificación profesional, había visto cómo se venían abajo todas sus esperanzas. Pese a sus hábiles malabarismos, el poco dinero que tenía se había esfumado como manteca de *karité* expuesta al sol. Transcurrieron tres meses y no consiguió trabajo. Entonces llegó la estación de lluvias. Tenía que volver para ayudar a su padre en las labores del campo. Pero ¿cómo? No tenía ni un franco en el bolsillo para el

desplazamiento, y aun cuando lo hubiera tenido, ¿cómo iba a presentarse en el pueblo con las manos vacías?

Jombiku no se entretuvo mucho con el dilema: iba a quedarse; de algún modo se las arreglaría.

Por desgracia, su receta casera acabó en una gran complicación. Vagando por las calles, con el estómago vacío desde hacía dos días, había querido hurtar en una tienda un fardo de tela para revenderla. El resultado: seis meses de cárcel por robo, complicado por el vagabundeo y la ausencia de documentos de identidad; aquello constituía un doble delito.

Cuando lo soltaron, regresó al pueblo con el único equipaje de dos cajas de cerillas llenas de semillas de marihuana, que unos compañeros le habían dado a probar cuando deambulaban por las calles de Dakar. Había calculado que podía salir adelante con el cultivo de aquella planta tan buscada. Desde su llegada a Kéréwan, había preparado, en plena selva y en el mayor de los secretos, una vasta parcela y la había sembrado.

En cuestión de cinco años, Jombiku se había convertido en el campesino más próspero de la zona. Poseía cinco arados con su tiro de dos bueyes, un rebaño de ciento veinte cuernos, diez carretas, la mejor casa del pueblo y cuatro esposas.

Su padre, con el que había roto relaciones a causa de su pasado —porque todo acaba sabiéndose y los ecos de las desventuras que lo habían llevado a la cárcel habían llegado hasta el pueblo—, se había reconciliado con él cuando, pese a su juventud, lo habían elegido como presidente de la cooperativa de Kéréwan.

Nadie sabía de sus actividades paralelas y todo el mundo estaba dispuesto a jurar que Jombiku era un honrado cultivador de cacahuete, mijo, maíz y mandioca. El propio gobernador de la región lo había condecorado personalmente con la gran cruz del Mérito Agrícola durante una ceremonia organizada en su honor para nombrarle «campesino modelo».

Tardamos casi dos horas en llegar a Ziguinchor, una bonita ciudad de edificios blancos, diseminados bajo los árboles. Escoltado por una banda de delfines que retozaban en su estela con grandes saltos acrobáticos, el transbordador nos condujo al otro lado del río.

El campamento militar estaba situado en las afueras de la ciudad, cerca de la pista de aviación. Sokola se bajó del Simca en la entrada, correspondiendo con un gesto al centinela, que se cuadró delante de él.

—¡Hasta la vista! —se despidió con una gran sonrisa, mostrando la oscura dentadura por la ventanilla—. Que tengas buena suerte en el regreso a Sambey Karang.

Volví a Kéréwan cuando el sol comenzaba a esconderse en el horizonte e iluminaba con sus últimos rayos las copas de los árboles.

Jombiku me esperaba. Pesamos la mercancía y la metimos en un saco de yute.

—Tendrás que pasar la noche aquí —dijo—. Después de la cena, iremos a ver a Fa Kébuté. No hay que traficar con marihuana sin disponer de una buena protección.